



Aplausos para Jesús

Antony, de doce años, estaba en el frente de una casa vieja en Brasil [señalea a Brasil en un mapa] y aplaudía con todas sus fuerzas.

¡Plas, plas, plas! [Invita a los niños a aplaudir].

El niño no estaba aplaudiendo para expresar su alegría ni para expresar que le gustaba la casa vieja o alguien dentro de la casa. Tenía otra razón. Aplaudía porque la casa era tan vieja y estaba tan destaralada que no tenía timbre para llamar a la puerta. La casa era tan vieja y estaba tan deteriorada que ni siquiera tenía puerta que se pudiera tocar.

¡Plas, plas, plas!

Antony aplaudía porque quería llamar la atención de las personas que estaban dentro de la casa. Quería que salieran porque tenía algo importante que decirles.

¡Plas, plas, plas!

Finalmente, una abuela salió de la casa. Se preguntaba a qué se debían todos los aplausos. Miró y vio al niño de pie junto a su madre. A Antony le alegró ver a la abuela y con una amplia sonrisa, le dijo:

—¡Buenos días! Hemos venido a invitarte a una reunión especial esta noche en la que habrá premios y meriendas, pero lo más importante es que también escucharemos la Palabra de Dios.

La abuela no estaba segura de querer ir a la reunión. La sonrisa de Antony se hizo aún más amplia.

—¡Ven! —le dijo—. Te va a gustar.

A la abuela le costó rechazar la invitación especial de un chico tan alegre. Sonrió y aceptó ir a la Iglesia Adventista para la reunión de evangelización de esa noche.

Antony y su mamá se fueron y caminaron hasta la casa de al lado. También era vieja y se estaba cayendo a pedazos y no tenía puerta. Antony juntó las manos y aplaudió.

¡Plas, plas, plas!

Un momento después, apareció un hombre. Al hombre no le pareció agradable ver al niño y a su madre.

—¿Qué quieren? —preguntó secamente.

Antony sonrió.

—¡Buenos días! —dijo—. Hemos venido a invitarte a una noche especial, en la que habrá premios y meriendas, pero lo más importante es que también escucharemos la Palabra de Dios.

El hombre dio una excusa diciendo que estaría ocupado esa noche. Sin embargo, Antony no se rindió. Sonrió aún más.

—Por favor, ven —dijo—. Lo disfrutarás.

Al hombre le costó rechazar la invitación del niño. Consiguió esbozar una leve sonrisa y accedió a ir.

Fue así como Antony y su madre caminaron por la calle durante varias horas, aplaudiendo frente a las casas e invitando a la gente a ir a la iglesia.

¡Plas, plas, plas!

¡Plas, plas, plas!

¡Plas, plas, plas!

Cuando la gente veía la sonrisa de Antony y escuchaba su persistente invitación, muchos aceptaban ir. Otros también pedían oraciones, y Antony oraba por ellos.

Esa noche, Antony se emocionó al ver que mucha de la gente a la que había invitado vino a la reunión. Estaba encantado de que hubieran venido a conocer a Jesús. Se alegraba de haber podido aplaudir por Jesús.

Un país fascinante

Además de las playas, entre los lugares emblemáticos de Río de Janeiro (Brasil) se encuentra la estatua gigante del Cristo Redentor, una de las Siete Nuevas Maravillas del Mundo, en la cima del monte Corcovado.



"Me hace muy feliz invitar a la gente. Me siento increíble. Jesús pudo tocar sus corazones porque yo los invité", dijo Antony.

Oremos para que muchos en Brasil conozcan a Jesús con la ayuda de la ofrenda de este trimestre. Parte de la ofrenda ayudará a abrir una iglesia para niños en la Academia Adventista Pernambucano, que se encuentra en la región de Brasil donde viven Antony y su familia. Gracias por planificar una ofrenda generosa para este importante proyecto.

- Puedes ver un breve video de Antony en YouTube en el enlace bit.ly/Antony-SAD [en portugués].

- Puedes bajar fotos de este relato en Facebook en el enlace bit.ly/fb-mq.